

Casi el aliento perdido  
Escapó libre del agua.

(Romancero general.)

275.

EL FORZADO DE DRAGUT. — VIII.

(Anónimo.)

Volcaban los vientos coros  
Los empinados peñascos  
De los erizados montes  
Los acebuches mas altos,  
Cuando temblando y desnudo,  
La barba y cabellos blancos;  
Que los trabajos son parte  
Para encanecer temprano,  
A la puerta de su esposa  
Aprisa estaba llamando  
El forzado de Dragut  
Que se escapó de hortelano.  
Apénas fué conocido,  
Cuando con lijeros pasos  
Abajó su esposa á abrirle  
Ambas puertas y ambos brazos.  
Entonan un llanto alegre,  
Si dijeran triste llanto;  
Mas las lágrimas son puertas,  
Y le da entrambas las manos.  
Despudáronse en un punto,  
De sus mal compuestos paños,  
Y ántes de entrar en el lecho  
Se regalan con un baño.  
Echan luego las cortinas  
Para recobrar despacio  
Diez años que anduvo al remo,  
Y otros dos que fué hortelano.

(Romancero general.)

ROMANCES DE CAUTIVOS DE OCHALÍ.

276.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — I.

(Anónimo.)

Entre consuelo y tristeza,  
Entre tormento y recelo  
Está un preso imaginando  
En la cámara del hierro,  
Con los grillos á los piés,  
Tan pacífico y quieto  
Cuanto al amor de Talinca.  
Tiene el corazón sujeto:  
Tan hecho ya á las tinieblas  
Y al solitario tormento,  
Que porque no se le aplaque  
Huye de no ver á Febo.  
Ausencia le da combate,  
La prisión le causa miedo,  
Porque se le representa  
La libertad de otros tiempos.  
Estando así vacilando  
Oyó llamarle al portero,  
Que los señores le piden  
Para sentenciar su pleito.  
Entra trabado el ausente,  
Desentabado el silencio,  
Porque todo es menester  
Delante quien está puesto,  
Declarando su sentencia  
Relatando su proceso,  
Y los piadosos señores  
Danle libre y sin destierro.  
Dijo entónces el fiscal:  
— Vaya embargado allá dentro,  
Y en nombre de matador

Háganle causa de nuevo. —  
Tómanle la confesion,  
Si es verdad que deja muerto  
A quien el fiscal le acusa,  
Y respondió á todos: — Niego. —  
Presentó el fiscal testigos,  
Por do le sentencian luego  
En seis años de galeras,  
Pagando costas y premio.  
Envían en relacion  
A los señores el pleito,  
Y viendo el poco descargo  
Confirmaron lo propuesto.  
Notificóle su daño  
El procurador, agüero  
De semejantes saraos  
Antes de saber lo cierto.  
A las nuevas respondió:  
— Consiento en todo, y no apelo,  
Si es esta la voluntad  
Del que rige tierra y cielo.  
Adios, hermosa Talinca,  
Que por seis años me ausento,  
Y llevan á avecindarme  
En el salado elemento.  
Ruego á Dios que me dé vida  
Y paciencia en el tormento,  
Pues de verte en libertad  
Toda la esperanza llevo. —

(Romancero general.)

\* Este Ochali fué el que salvó la escuadra de Arjel en la batalla de Lepanto, y era compañero de Arnaut Mahami, que tuvo por esclavo á Cervantes.

\* Talinca es anagrama de Catalina. Así se llamaba tambien la que fué esposa de Cervantes.

277.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — II.

(Anónimo.)

Retumbando crueles voces  
Levanta el pié de peayna:  
— Pase la palabra á proa:  
Arranca y boga, canalla.—  
Un forzado en la real  
De las galeras de España  
El oído en las razones  
Decía entre muchas ansias:  
«¡Oh suerte avara! ¡Oh tormento grave!  
¿Quién de mi voluntad tiene la llave?»  
— Libre libertad sostuve,  
Fué libertad libertad,  
Y tan libre, que libró  
Mis gustos en estas causas,  
Donde me dan el tributo  
Antes de caer la paga,  
Porque es cédula del tiempo  
Y de fortuna firmada.  
«Oh suerte avara, etc.»  
De solo cuatro elementos  
Fué formada aquella estatua  
Con el color natural  
Que la conservan y mandan.  
La tierra me desechó  
Haciendo depositaria  
A céfiro mi firmeza  
Y á Neptuno mi esperanza. —  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
Mandan revillar á todos,  
Y el bastardo desamarran,  
Diciendo: — Amola de avante  
La distancia de dos brazos:  
Siente abajo: leva lengua,  
Dese á la chusma la manga  
Porque no les falte el viento  
Si acaso el tiempo les falta.  
«¡Oh suerte avara, etc.»

ROMANCES DE CAUTIVOS Y FORZADOS.

Cantaré aquestas palabras:  
«¡Oh suerte avara! ¡Oh tormento grave!  
¿Quién de mi libertad tiene la llave?»

(Romancero general.)

278.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. III.

(Anónimo.)

Un esclavo de Ochali  
Que en sus galeras remaba,  
Tan abundante en nobleza,  
Cuanto lo es en la desgracia,  
Agora, cuitado llora  
Su fortuna y mala andanza  
Por ver que de la Naval,  
A do tuvo su esperanza,  
El Ochali se escapó,  
Que iba en la retaguarda,  
Y por no verse cautivo  
Dice el perro, con voz alta:  
«Iza, boga, leva, salla:  
Bogad apriesa, canalla.»  
Y como vido el cautivo  
Que en su seguimiento marchan  
Del marques de Santa Cruz  
Las galeras de su escuadra,  
Dice: — Si al cielo pluguiera  
Detuviera el viento y agua  
Estas enemigas velas  
Hasta llegar las cristianas,  
Cantara yo mil victorias  
Por premio de mis desgracias;  
Pero dudo que suceda  
Por ser mía la demanda. —  
«Iza, boga, etc.»  
Dieron fin á sus deseos  
Y perdidas esperanzas,  
El tiempo y la ocasion,  
El cielo, el viento y el agua,  
Y dice: — ¿Cómo es posible  
Que en vuestra corte sagrada  
Encerreis, cielos divinos,  
Ley tan injusta y contraria?  
Pues por perseguirme á mi,  
Que soy un cuerpo sin alma,  
Dais tan próspera victoria  
A esta gente mahometana?  
«Iza, boga, etc.»  
Mas poco aprovechan quejas,  
Si está la sentencia dada,  
Que he de morir amarrado  
A esta cadena pesada  
Sin poder tornar á ver  
Mi esposa y amada patria. —  
Y en esto ya descubrió  
De Argel la enemiga playa,  
Y el perro regocijado  
Por ver cómo libre escapa,  
Manda en general á todos  
Que hagan alegre salva,  
Y el cómitre dice apriesa:  
— Lanza ferro, presto amaina,  
Iza, boga, leva, salla,  
Apriesa, apriesa, canalla. —

(Romancero general.)

279.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — IV.

(Anónimo.)

Junto á la enemiga Argel,  
A vista de sus murallas,  
Y á las sombras de un laurel  
Y de una encumbrada palma,  
Y al pié de un fresco arroyuelo,

Diana tendió su manto,  
Escondió Faeton su cara,  
Y el descanso de forzados  
Mostró furioso su saña.  
El cielo con sus tinieblas  
Sin término nos contrasta,  
Y las importunas olas  
Se nos ensañan contrarias.  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
Dan voces: — Alerta, alerta,  
Desde el timon á la banda.  
Atense bien las costeras  
Mientras la antena se abaja;  
Pongan trece de correr,  
Que en duda está la bonanza:  
A la cubilla siniestra  
Vaya la antena á media asta. —  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
Huyendo de no encontrarse,  
Cada galera se aparta  
Trabajando por salvarse,  
No reparando en meajas.  
La galera del forzado  
Quedó sola, y con compañía  
Sola de su compañía;  
Y de enemigos cercada.  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
Vengado el furioso mar  
Sus influencias aplaca,  
Ser mesana demostrando  
El rubicundo monarca.  
Empiezan á combatirnos  
Los que con boga arrancada  
Procuran á toda fuerza  
Huir de nuestras espaldas.  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
Usan de sus insolencias  
Repartiendo sus escuadras,  
Triunfando de nuestra gloria,  
Moviendo nueva algarazara.  
Llévannos á tierra firme  
Haciendo justas y salvas  
Por la presa de la empresa  
Sin voluntad usurpada.  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
Desembarcada la gente  
Hacen almoneda franca  
Para que cualquiera venga  
A comprar la cabalgada.  
Comprado, forzado y triste  
Fui con mi amo á Tartaria,  
Y en llegando me encargó  
Que fuese guarda de damas.  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
De Tartaria me trujeron  
A Argel, donde mi desgracia  
De guarda-damas me hizo  
Bogante entre la canalla.  
Un capitán de Ochali  
Me compró, y en la jornada  
De la Naval, navegamos  
Contra la cristiana armada.  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
Seis años truje de tiempo  
Con sentencia confirmada;  
Pero perdí la sentencia  
Cuando perdí ver mi patria.  
¡Oh Ardania! dime, ¿en qué piensas,  
Que lo que haces te encarga?  
¿Cómo ha de poder guardar  
Quien á sí propio no guarda?  
«¡Oh suerte avara, etc.»  
¡Oh Talinca, mi señora!  
Vive contenta y ufana,  
Y no esperes que jamas  
Veré tu hieldad y gracia.  
Fortuna, ya estás contenta  
Y de mi agravio pagada;  
Pero mientras que viviere

T. X.

Que manso susurreaba,  
Entre las ramas tejidas  
De unas espinosas zarzas,  
Un esclavo de Ochali  
Triste y cuidadoso estaba  
Considerando el lugar  
Donde al presente se halla.  
Y aunque fuera de prision;  
Una cadena no falta,  
Cuyos eslabones sirven  
De atormentar vida y alma,  
Dice: — ¡ Dulce patria bella,  
Cuán perdida y apartada  
Tengo en volver á gozar  
Mi libertad malograda! —  
Y por consolar la pena  
Que le causa su desgracia,  
Al ruido de su cadena  
Con voz ronca y triste canta:  
« Cantar suele el cuidadoso caminante;  
Entre las olas canta el marinero;  
Modera con alivio semejante  
Su duro afán el pobre jornalero;  
Canta su perdición el triste amante  
A su querida, en tono lastimero:  
Mas yo sin ver la gloria de mi pena  
¿Cómo podré cantar en tierra ajena?  
Saludan al nacer el cielo hermoso  
Las aves con suave melodía;  
Mas en este destierro tenebroso  
¿Cuándo les nacerá á mis ojos día?  
Si mi vida es un llanto doloroso,  
¿Cómo podré formar dulce armonía?  
Si ausencia á vivir triste me condena,  
¿Cómo podré cantar en tierra ajena?  
La fuerza del mas áspero tormento,  
Lá mayor pena que de amor se siente  
Recibe de la vista algún contento,  
Si la belleza amada está presente;  
Mas yo léjos del bien por quien lamento  
¿Cómo podré aplacar la llama ardiente?  
Solo, ahogado, triste y en cadena,  
¿Cómo podré cantar en tierra ajena?  
Del cisne es cosa cierta que cantando  
Celebra las obsequias de su muerte,  
Y su vecino fin adivinando  
Consuela su desdicha y dolor fuerte:  
Yo que con el deseo agonizando  
Morir me siento de la misma suerte,  
Conozco y veo que mi dicha ordena  
Que no pueda cantar en tierra ajena.»  
Y ya que cantado hubo,  
Vuelve para Argel la cara  
Y dicele: — Purgatorio  
De mi mocedad pasada,  
¿Cuán hermosa eres por fuera  
De mil torres almenadas!  
¿De dentro, mas que la noche  
Tienes triste la morada!  
¿Cuán apacible te muestras  
Desde la marina y playa!  
¿Y qué tormentos que das  
En tus oscuras entrañas,  
Donde me voy á encerrar!  
Que están mas emponzoñadas  
Que el áspide venenoso,  
Y crueles, que tigre hircana. —

(Romancero general.)

280.

EL CAUTIVO DE OCHALI. — V.

(Anónimo 4.)

Cuando los cansados cuerpos  
Buscan la quietud y holganza,  
Y el marinero da prisa,  
Lanza ferro, amaina, amaina,

Y ya que en las selvas duermen  
Los que su ganado guardan,  
Y el caminante reposa  
De la prolija jornada,  
Un esclavo de Ochali  
Corriendo de Argel la playa,  
Con temor, aunque animoso,  
Llegó á unas espesas cañas,  
Adonde vió que está surta  
Una pequeñuela barca  
Desamparada de gente,  
Aunque su dueño la guarda  
De léjos, por se guardar  
De los moros, que en la playa  
Andan en caza y escucha  
De los bajeles de España.  
Allegó pues á mirar,  
Y tirándole la marra  
Dijo — ¡ Si al cielo pluguiese  
Que tras mi desdicha tanta  
Alguna buena fortuna  
En esta desierta playa  
Trujese á me remediar  
Alguna gente cristiana! —  
El arraez, que hubo cuenta  
Con las palabras que habla,  
Se llegó, aunque temeroso,  
Adonde el cautivo estaba.  
Saludóle en aljama,  
Y el triste, suspensa el alma,  
Dijo: — ¿Qué quieres, fortuna?  
Acaba conmigo, acaba. —  
Allegóse el arraez cerca  
Y dijo: — Cautivo, calla,  
Si no quieres que tu hablar  
Vuelva el bien en mala andanza. —  
Preguntóle: — Dime en breve,  
¿De qué parte eres de España? —  
Respondió: — Soy andaluz,  
Y en Málaga tuve casa,  
Adonde quedé mi esposa,  
En mas de diez años anda;  
Pero si agora tú quieres  
Llevarme en salvo á mi patria  
Te prometo mil coronas  
De la moneda de España. —  
El mallorquin conmovido  
De codicia, en voz callada  
Les dijo á los marineros:  
— Leva el ferro, apriesa, salla. —  
A este punto, y cuando el viento  
Refresca hácia el mar de España,  
De tierra se oyeron voces  
Diciendo: — Espera, canalla. —  
Favoréceles fortuna,  
La cual á veces se cansa  
De seguir una tormenta  
Y una continua desgracia.  
Del puerto salen aprisa  
Dos galeotas despalmadas,  
Que cual el viento ligeras  
Cortan la espuma y el agua.  
Los unos por se escapar,  
Los otros por la venganza,  
Calan los remos al centro  
De las espumosas aguas.  
De España descubren tierra  
Y de Valencia la playa;  
Piden favor á las torres  
Y acuden con luminarias,  
Que fué causa que á los perros  
Salga en vano su jornada,  
Y de que Ardano se vea  
Con libertad en España.

(Romancero general.)

4 Del modo con que en este romance se cuenta, era común que muchos cautivos lograsen libertad.

## ROMANCES DEL CAUTIVO DE ARNAUTE MAHAMÍ.

281.

EL CAUTIVO DE MAHAMÍ. — I.

(Anónimo.)

Sulcando el salado campo  
Que el dios Neptuno gobierna,  
Y el licor amargo, adonde  
Están las marinas Deas,  
Va el fuerte Arnaute Mahamí,  
En una fustilla nueva,  
Que por su valor la llaman  
Capitana de Viserta.  
Va la chusma sosegada,  
Que con el viento navega:  
Mas despues de poco rato,  
Dan en calma, y calma muerta.  
Todos los forzados duermen,  
Porque tienen centinela,  
Y solo Lisardo llora,  
Y en su Sirena contempla.  
Como ve que duermen todos,  
Les dice: — Quien duerme duerma,  
Que yo velo sinrazones  
Que mi corazon desvelan. —  
Y sacando un instrumento  
Y concertando las cuerdas,  
A sus locas fantasias  
Les dice que estén atentas.  
— ¡ Ingrata señora mia!  
¿Cómo de mi mal te acuerdas?  
Siendo Elena en hermosura,  
Medrosa en querer no seas.  
Haz, tirana, de este cuerpo  
Lo que de tiranos cuentan,  
Que cenizas de difunto  
Con pompa y honor conservan.  
Lleva la popa dorada,  
Medio pardas las entenas,  
Proa y espolon azul,  
Con la palamenta negra.  
De ajedreces la cruja,  
Donde los forzados juegan,  
Fanal de cristal dorado,  
Por divisa una Medea.  
Y ya que sin serlo yo  
Dijiste *requiem aeternam*,  
Agora puedes del fuego  
Sacarlas y recogerlas. —  
Mirábale el capitán,  
Y dolido de sus quejas,  
Le dijo: — Cristiano perro,  
¿Qué tienes? ¿de qué lamentas?  
¿Trátate el cómitre mal?  
¿O azótate cuando remas?  
¿O estás en la bogavante?  
¿La cadena acaso pesa?  
Dimelo, que á fe de moro,  
Que la palabra te empeña,  
De poner remedio al punto  
Por mi divino profeta...  
— Noble Mahamí, le responde  
El cristiano-con vergüenza,  
El instrumento del alma  
Me ha quedado, que es la lengua.  
Quise á una dama española  
A quien la naturaleza  
Puso luceros que alcanzan  
A todo el mundo de cuenta. —

(Romancero general.)

282.

EL CAUTIVO DE MAHAMÍ. — II.

(Anónimo 4.)

Sulcando el salado charco,  
Que el dios Neptuno gobierna  
Su licor amargo, donde  
Están las marinas Deas,  
El fuerte Arnaute Mahamí  
En una fustilla nueva,  
Que por su valor le dicen  
Capitana de Viserta:  
Lleva la popa dorada  
Medio pardas las entenas,  
Proa y espolon azul,  
Con la palamenta negra.  
De ajedrez es la cruja  
Donde los forzados reman,  
Fanal de cristal dorado,  
Por divisa una Medea.  
Es el viento en su favor  
Una tramontana fresca,  
Viento que nace, y reparte  
De las islas de Ginebra.  
Va la chusma sosegada,  
Porque con viento navega,  
Y á la vista de Turin  
Poco mas de media legua  
Se meten en una cava,  
Y están esperando presa;  
Y al cabo de poco rato  
Se quedan en calma muerta:  
Todos los forzados duermen,  
Porque tienen centinela:  
Solo Lisardo velaba,  
Y en su Sirena contempla;  
Y como ve los que duermen,  
Les dice: — Quien duerme duerma.  
Yo velo las sinrazones  
Que á mi corazon desvelan. —  
Y tomando un instrumento  
Y concertando las cuerdas,  
La prima con la segunda,  
Y cuarta con la tercera,  
A sus locas fantasias  
Les dice de esta manera:  
— ¡ Ingrata señora mia!  
¿Cómo de mi no te acuerdas?  
Siendo Elena en hermosura,  
Medusa en crueldad no seas. —  
Oído le ha el capitán,  
Y movido de sus quejas,  
Le dice: — Cristiano amigo,  
¿Qué tienes? ¿de qué lamentas?  
¿Trátate el cómitre mal?  
¿Azótate cuando remas?  
¿Estás en el bogavante?  
¿La cadena mucho pesa?  
Dimelo, que á fe de moro  
Que su palabra te empeña,  
Dispondré remedio en todo  
Por mi divino profeta.  
— Fuerte Mahamí, le responde  
El cristiano con vergüenza,  
Los instrumentos del alma  
Me han quedado, que es la lengua:  
Amé una dama en España,  
A quien la naturaleza  
Puso dos soles, que alcanzan  
A todo el mundo, de cuenta.  
Esta me pidió el amor,  
Y pidióla tan estrecha,  
Que teniendo el padre alcalde,  
Me desterró á larga ausencia. —  
Detúvole el moro, y dijo:  
— Por la fe que me sustenta,  
De no estorbar el vivir

A la que en tu pecho reina.  
 Quiero darte libertad,  
 Podrá ser que cuando vuelvas  
 Viéndote como cautivo  
 De tu mal se compadezca :  
 Y pedirásle limosna,  
 Y cuando la mano extienda,  
 Tomarála con la tuya,  
 Y humildemente la besa ;  
 Y despues que la hayas dado  
 Infinitas encomiendas  
 Le dirás de parte mia,  
 Que te liberte por ella. —  
 Y llamando á un renegado  
 Manda que toquen á leva,  
 Y á la voz de un ronco pito  
 Alzan áncoras y velas,

Hasta poner el cautivo  
 En las Pomas de Marsella,  
 Y abrazándole le dice :  
 — En España te pusiera,  
 Mas dicen que seis bajeles  
 Van en corso á Cartagena ;  
 No por hacerte á ti bien,  
 Quieras que á mí mal me venga. —  
 Quedóse el cristiano eieto,  
 Movido de tal clemencia,  
 Y ellos á boga arrancando  
 Se vuelven para su tierra.

(Romances varios de diversos autores.)

4 Es el mismo que el anterior, pero mas completo, con variantes considerables, y mas arreglado por haberse puesto en su lugar pedazos que en aquel se hallan dislocados.

FIN DEL ROMANCERO DE ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

# ROMANCERO

DE

# ROMANCES CABALLERESCOS.